







































dinero hasta joyas, e incluso prótesis dentales de oro. La audacia del bandido no conocía límites.

En ese momento había en Skagway más de setenta salas de juego, la mayoría controladas por Soapy. También monopolizaba la venta de alcohol no autorizada por la ley. Pero ¿para qué necesitaba Soapy autorización alguna si la ley la dictaba él?

Quienes han escrito sobre el forajido a partir de testimonios de gentes que le conocieron, afirman que, en esa época, por abril de 1898, se comportaba como un hombre envanecido y seguro de sí, convencido de que su papel era el de benefactor y protector de Skagway. Amaba el dinero, pero quería también la gloria.

Sin embargo, la hora del duelo se acercaba. Corría el reloj como en el filme *Solo ante el peligro* y la música de fondo iba subiendo de tono y ritmo.

En ese abril de 1898, Soapy vio la ocasión de acrecentar su fama, al estallar la guerra hispano-norteamericana en Filipinas y Cuba. De inmediato se autonombró capitán de la Compañía A del Primer Regimiento de la Guardia Nacional de Alaska. Repartió uniformes entre algunos de sus hombres y abrió una oficina de alistamiento de voluntarios para las Filipinas. El ardor patriótico recorrió Skagway y numerosos mineros que iban a dirigirse al Klondike decidieron posponer sus planes y marchar a la guerra en defensa de la patria. Soapy organizó un servicio de revisión médica en una tienda de campaña sobre la que ondeaba la bandera de las barras y las estrellas. Y mientras un supuesto médico examinaba el estado de salud de los voluntarios, los hombres de Soapy registraban sus ropas y se llevaban todo cuanto de valor había en sus bolsillos. Al que protestaba, lo arrojaban a la calle en paños menores.

No obstante, era el héroe de la ciudad. El 1 de mayo organizó un desfile patriótico. Y marchó en un caballo blanco al frente de sus tropas al grito de «¡Recordad el *Maine!*!» (navío

americano hundido por una explosión en La Habana, lo que desató la guerra de Cuba). Para cerrar la fiesta, los hombres de Soapy ahorcaron y luego quemaron un muñeco que representaba al general Weyler, la máxima autoridad militar española en la isla de Cuba. Unos días después, el secretario de Guerra de EE.UU. le envió una carta agradeciéndole la formación del cuerpo de voluntarios, aunque rechazó la oferta de sus servicios. Soapy hizo enmarcar y colgar en la sala principal de su *parlor* la misiva que llegó de Washington.

Ya en el apogeo de su fama, figuró en la tribuna de oradores junto al gobernador de Alaska en las celebraciones del Cuatro de Julio. Menos de un año después de su llegada, era el amo de la ciudad y también su símbolo, su figura más heroica.

Pero, como podría escribir un Marcial Lafuente Estefanía, el tic-tac del reloj del destino se escuchaba con más fuerza mientras Frank Reid engrasaba su revólver.

Cuando un hombre llega a extremos desorbitados de fama y poder, es raro que no pierda el sentido común. Y Jefferson «Soapy» Smith, que era tan prudente en las formas como audaz en los objetivos, exultante de vanidad y en el apogeo de su éxito en ese mes de julio de 1898, se convirtió en un personaje trágico de la noche a la mañana. A él le gustaba recitar ante sus hombres, de vez en cuando y para hacer notar su formación shakesperiana, una frase de la que se sentía orgulloso: «Hay un tiempo para trabajar, un tiempo para jugar y un tiempo para morir». Había trabajado relativamente, jugado mucho a caballo ganador, engañado cuanto había podido y, pese a todo ello, seguía vivo. Quizás presentía que llegaba su hora final.

Unos meses antes, cuando un tribunal local le acusó de arrastrar a la gente al juego para arruinarla, se defendió de una manera tan perversa como llena de sofismas. «En mis salas de apuestas —dijo—, un jugador nunca gana. Todos lo saben al entrar. Pero aprenden una lección profunda, consiguen una ex-

perencia de gran valor. ¡Me considero un gran benefactor! Conozco a muchos que han renunciado al juego, se han curado de la avaricia y restaurado su salud mental gracias a mi tratamiento. El elogio, y no la censura, tendría que ser mi premio.»

Dejó a la gente estupefacta con su discurso y ninguno de los asistentes fue capaz de replicarle. ¿Qué puedes decirle a alguien que asegura que el mejor tratamiento contra el juego es arruinar al jugador, un argumento tan malévolo y extravagante como aconsejar a un condenado al paredón que se pegue un tiro en el momento en que está ante el pelotón de fusilamiento.

El 7 de julio, tres días después del gran desfile del Día de la Independencia, llegó a Skagway un minero que había logrado una gran fortuna en el Klondike, un canadiense llamado J. D. Stewart que traía una bolsa con pepitas de oro por valor de veintiocho mil dólares. Era el primero que regresaba de Dawson City tras el deshielo de las aguas del Yukon. Y también era el primer minero que buscaba el retorno por la ruta más corta de Whitehorse, White Pass y Skagway, desdeñando el más cómodo, pero mucho más largo viaje desde el puerto de Saint Michael, en el mar de Bering.

Los comerciantes de la ciudad le recibieron con los brazos abiertos. Se estaban enriqueciendo con la ruta de ida, la de los buscadores de oro que se dirigían al Klondike. Pero si se abría una ruta de vuelta, del Klondike a Skagway, la riqueza se multiplicaría, ya que los mineros del retorno vendrían cargados de oro, como Stewart.

El hombre se hinchó a copas. Y pese a que numerosos comerciantes de la ciudad le avisaron sobre el peligro de los bandidos de Soapy, uno de ellos logró embaucarle en un *saloon* y convencerle de que el cambio del oro por billetes de banco sería mucho más favorable para él si lo realizaba en el *parlor* de Jeff «Soapy» Smith.

Al día siguiente, Stewart se dirigió al local del forajido car-

gado con su saco repleto de oro. Los ladrones le llevaron a una habitación trasera y pesaron el mineral, negociaron, establecieron un acuerdo justo para ambas partes, un apretón de manos... Y en ese instante, un hombre de la banda de Soapy, fingiéndose borracho, entró en la sala, tomó el saco como si gastase una broma y salió corriendo a la calle. Stewart, tras unos momentos de duda, salió tras él. Pero una vez al aire libre, otro grupo de hombres de Soapy le rodearon, impidiendo que siguiera corriendo, preguntándole si estaba borracho o qué demonios le ocurría. Minutos más tarde, estaba solo en Broadway Street, sin un solo dólar en el bolsillo y con su oro esfumado.

De inmediato, Stewart fue a ver al comisario Taylor, uno de los hombres a sueldo de Soapy. El marshall, mientras cenaba, le dijo que no podía hacer nada ante la falta de pruebas y, sardónico, le recomendó que volviera al Klondike a intentar labrarse una nueva fortuna.

Desesperado, a la siguiente mañana, Stewart comenzó a recorrer los comercios de la ciudad y a explicar su historia. Y el escándalo empezó a crecer. Y no porque los hombres de negocios tuvieran piedad de aquel hombre, pues la piedad no existía en esa parte del mundo por aquellos días, sino porque calibraron el perjuicio que el suceso les podía acarrear: si la historia de Stewart llegaba a Dawson City, ningún minero regresaría con su oro por la ruta de Skagway, sino que se irían por Saint Michael, y la prosperidad de la ciudad se vería seriamente dañada en aquel verano en el que se prometía una lluvia de pepitas de oro traídas del Klondike.

¿Qué hacer para conseguir la devolución del dinero a Stewart? Sólo quedaba un hombre capaz de enfrentarse a tan arriesgado y espinoso asunto: Frank Reid.

Las manecillas del reloj seguían andando.

Frank Reid percibió que, en pocas horas, la mayoría de los habitantes de Skagway habían mudado su opinión y se posiciona-

ban en contra de Soapy. El héroe de pronto resultaba ser una lacra, por mor de los negocios. Pero Soapy, encumbrado y vanidoso como nunca, no percibía la realidad del cambio.

Reid llamó a los federales de Dyea, que se presentaron en Skagway en algo más de una hora. Una multitud envalentonada y en buena parte armada, cercó entonces el casino de Soapy y le conminó a salir. Jeff comenzó a beber whisky, a pesar de que no solía hacerlo casi nunca. Algunos de sus hombres le aconsejaron entregar el dinero de Stewart y él respondió, ya borracho: «A quien vuelva a hablarme de devolver ese oro le corto las orejas».

Terminó la botella y salió a la calle con un rifle. Insultó a la multitud, pero nadie se movió. Alguien le dijo que tenía de plazo hasta las cuatro de la tarde para reembolsarle a Stewart lo que le pertenecía. «En otro caso, habrá jaleo», añadió. Y Soapy respondió: «Eso es, precisamente, lo que estoy buscando: jaleo». Reid no estaba entre la multitud, sino que esperaba en los muelles.

Algunos de los hombres de Soapy comenzaron a escapar del pueblo hacia las montañas, mientras él regresaba a su guarida y seguía bebiendo. Los ciudadanos se dirigieron a los muelles para preparar una asamblea y decidir qué hacer con el bandido.

Entonces Soapy tomó la iniciativa y salió del casino, con una pequeña pistola Remington escondida en su manga y un Colt-45 en el bolsillo. Se echó un rifle Winchester 30-30 al hombro y comenzó a caminar hacia los muelles. Tripp, Slim, Bowers y otros compinches intentaron detenerlo. «Si quieres que te maten, sigue adelante», le dijo Johny Clancy, uno de ellos. «Mejor dejadme solo», respondió antes de seguir su marcha. Los otros buscaron sus caballos y se alejaron al galope de Skagway.

Llegó al muelle. En la entrada, distinguió a un hombre apartado de los otros. Era Frank Reid. La escena, según los historiadores, fue como sigue:

—Maldito seas, Reid —dijo Soapy—; tú eres la causa de todos mis problemas. Debí de haberme librado de ti hace tres meses.

Se acercaron el uno al otro, hasta casi rozarse, frente a frente. Soapy alzó su Winchester hacia la cabeza de Reid. Reid, entonces, en un movimiento rápido de su mano izquierda, dio un golpe al fusil, desviando la boca del cañón hacia el suelo, mientras que su mano derecha sacaba un revólver de seis tiros de la cartuchera del cinto.

En ese instante, Soapy tuvo un ataque de pánico.

—¡No dispaes! —suplicó—. ¡Por el amor de Dios, no dispaes!

Reid apretó el gatillo y el detonador no funcionó. Soapy alzó entonces el rifle levemente y disparó: la bala atravesó el vientre de Reid a la altura de la pelvis. Pero Reid logró disparar dos veces. Una de las balas alcanzó de lleno el corazón de Soapy, mientras que la otra se alojó en su pierna izquierda.

Los dos hombres cayeron al suelo casi al mismo tiempo: Soapy, muerto al instante; Reid, alcanzado por la primera bala en un punto vital. «¡Estoy malherido —gritó a la gente que corría en su socorro—, pero le di al hijo de perra!»

Mientras Reid fue trasladado de urgencia al hospital, el cadáver de Soapy permaneció toda la noche abandonado junto al muelle.

La historia concluyó con la detención de todos los miembros de la banda de Soapy. Los últimos, Tripp, Bowers y Foster, cerca de White Pass. La Real Policía Montada del Canadá no les había permitido cruzar y huir hacia el Yukon.

La leyenda aporta este diálogo entre el «Reverendo» Bowers y Tripp:

—Me voy a entregar —dijo el segundo cuando ya estaban rodeados.

—Nos colgarán si lo hacemos —replicó Bowers.

—Deberían habernos colgado hace veinte años —concluyó Tripp.

La misma noche del día del duelo en los muelles, el 8 de julio, en un arcón del casino de Soapy apareció el oro de Stewart, que le fue devuelto. Sólo faltaban unos seiscientos dólares.

En cuanto al dinero que contenía la caja fuerte de Soapy, no pasaba de los quinientos dólares. Sin embargo, su familia, en el lejano San Luis, vivía rodeada de respetabilidad y disfrutando de abundancia de dinero y lujos.

La mayoría de los cómplices de Soapy fueron juzgados en Sitka. Les cayeron penas de cárcel de entre uno y tres años. El marshall Taylor y el periodista Saportas fueron liberados por falta de pruebas, pero se les expulsó para siempre de Skagway.

Los pastores de las iglesias metodista y baptista de Skagway se negaron a officiar el funeral de Soapy. Sólo aceptó hacerlo el ministro presbiteriano, quizás, entre otras cosas, porque Soapy había financiado meses antes la construcción de su templo. Como responso, eligió un fragmento del libro bíblico Proverbios: «Dios agradece los favores cortesés —leyó—; pero el camino de la trasgresión es duro». Y añadió: «Lamentamos que, en la carrera de uno que vivió entre nosotros, haya muy poco que podamos mirar hoy como bueno o heroico». De haberlo escuchado, Soapy hubiese disparado un tiro al reverendo Sinclair.

Al funeral, antes del entierro, sólo asistieron tres abogados, un miembro del comité de ciudadanos y la última amante del forajido. A su término, la mujer se dirigió al muelle para embarcarse camino de Seattle. Los nuevos agentes de la policía la hicieron descender del barco cuando estaba a punto de partir,



pero le permitieron salir en el siguiente trasbordador..., después de confiscarle los tres mil dólares que llevaba encima.

Jefferson «Soapy» Smith fue enterrado el 15 de julio en una sencilla tumba del cementerio de las afueras de la ciudad, donde comienza la senda que lleva al White Pass. Cerca corre un arroyo y, junto al agua, se tienden las traviesas de la línea del ferrocarril, inaugurado meses después de la muerte del bandido.

Mientras era sepultado en soledad, a Reid le operaban en el hospital, en un desesperado intento por salvarle la vida. Fue inútil. Murió el día 20 a causa de la herida en el vientre.

Su entierro, días después, fue el más multitudinario de la historia de Skagway, con más de mil personas despidiendo al héroe de la ciudad. Se le erigió un monumento con una placa que decía: «Dio su vida por el honor de Skagway».

Alquilé un viejo *pick-up* en una extraña tienda en la que vendían chicles, revistas viejas, discos de vinilo, reproducciones de antiguas fotos del *Gold Rush* y otras cuantas chucherías por el estilo. El chico que atendía, un chaval melencuado de pantalones desgastados y aretes de plata en las orejas y las narices, se excusó señalando que el vehículo no era automático, sino de marchas, y que no tenía otro disponible en ese momento. A mí me pareció que era el único que poseía y que quizás ni siquiera era de alquiler, sino del empleado, que aprovechaba para ganarse unos dólares. Me pidió cincuenta dólares por dos días de alquiler y acepté. Al tiempo de entregarme las llaves, apuntó en un papel un número de teléfono:

—Si pincha, me llama. Es que sólo tenemos un gato y lo guardo aquí para cualquier emergencia.

Sospecho que el gato no existía.

El cementerio se encontraba al final de la ciudad. A esa hora no había nadie en el lugar. Las tumbas se diseminaban en una

pequeña colina cuya falda formaba una cuesta leve y, en lo alto, la vegetación era tan densa que parecía un pedazo de selva amazónica, con lianas colgando de los árboles y copas tan repletas de ramas y de hojas que apenas quedaba hueco para que pasara la luz del día.

La tumba de Reid era fácil de encontrar, puesto que tenía pretensiones de mansoles. Se alza más o menos en el centro del camposanto y consiste en una suerte de columna recia de unos tres o cuatro metros de altura.

La de Soapy queda escondida en un rincón umbrío, rodeada por una cerca liviana de alambre, y no es más que una estela de mármol con los datos del huésped que ocupa el agujero bajo la piedra. Lo extraño es que tenía flores frescas.

Di un paseo breve por el cementerio. Casi todos eran sepulcros de 1898-1899 y, una buena parte, de gente muy joven. Más arriba, en la zona devorada por la maleza, encontré estelas con los nombres borrados y agujeros bajo las losas rotas. Aquella huesa mostraba un melancólico escenario de olvido y desolación. ¿Quiénes llorarían alguna vez por aquellos muertos que ya nadie podría reconocer?

Volví al hotel a guardar mi pesada cámara de fotos, antes de irme a cenar, y aparqué mal el coche. Quiero decir que lo arriqué a la acera de una esquina próxima a mi hospedaje, porque en Skagway los coches son muy poco numerosos y uno los deja casi en donde quiere.

Pero al salir, cinco minutos después, había un tipo enorme uniformado de negro, con el cinturón lleno de cartucheras y varias fundas en las que guardaba una enorme pistola, un cuchillo, un fusil corto, un aparato de radio y una cachiporra. En el pecho, la antena de un teléfono celular sobresalía de su vaina. El policía tomaba nota de mi matrícula en un cuaderno.

—Lo ha aparcado en sitio incorrecto —dijo secamente cuando me acerqué.

—No me he fijado, hay tantos sitios...

—Las esquinas son peligrosas. Puede llegar otro coche y no ver el suyo. Y eso provocaría un accidente. Le va a costar ochenta dólares.

—Soy turista.

—Y a mí qué me importa lo que usted sea... ¿En su país aparcan en las esquinas? Más le vale ir ahora mismo a comisaría y pagarlos. En caso contrario, cuando abandone Estados Unidos, el ordenador le detectará en cualquier frontera. Y tendrá que pagar un tanto por ciento más por el retraso en el pago. Mi deber es informarle, pero haga usted lo que le venga en gana.

No había mucho que discutir ante un tipo tan grande y armado hasta los dientes. Me acerqué a la estación policial, junto a los muelles, y pagué al contado a una agente entrada en años, fondona, moreneta y simpática.

—¡Qué pena! —me dijo con una sonrisa llena de conmisericordia.

Por la noche, arranqué una página del periódico en la que aparecía el rostro del presidente George Bush II. Y lo dejé junto al rollo de papel higiénico de la taza del váter. Reconozco que no fue muy ingenioso, pero en aquel momento me consoló algo de la pérdida de mis ochenta dólares.

Pero al día siguiente, por la mañana, vi que las mujeres de la limpieza eran latinas. ¡A quién iba a dolerle la imagen de Bush junto al retrete! Hay venganzas que no llevan a parte alguna.